

Guerra nuclear en el PP

IGNACIO ESCOLAR

PÚBLICO, 15.02.09

En el grupo popular de la Asamblea de Madrid les cuesta recordar otra reunión más tensa. Jueves, 12 de febrero. Esperanza Aguirre habla a sus discípulos. Se sienta con el resto de los parlamentarios del PP en las Cortes de Madrid, en la habitual reunión antes del pleno de la Asamblea. Nada extraordinario en otra semana de pasión para un PP que descubre, con miedo, que lo peor siempre está por venir. Habla Aguirre y expone su análisis: “El PP está siendo víctima de una persecución socialista”. Para Aguirre, todo forma parte del mismo plan: Garzón, los espías, los dossiers... Los diputados regionales asienten. ¿Todos? No. La diputada regional Carmen Rodríguez Flores pide la palabra. Si el PP lleva un 2009 difícil, su racha personal ha sido aún peor. Su nombre apareció en la prensa, en uno de los informes de espionaje que –según las pruebas caligráficas– realizó personal a sueldo de la Consejería de Interior de Madrid. En el parte que publicó el diario El País aparecía incluso la matrícula de su coche, en una nota manuscrita. Y Carmen Rodríguez Flores, por motivos de seguridad, se ha visto obligada a vender su coche para comprar uno nuevo con una matrícula menos publicitada. Rodríguez Flores acusa. “No sé por qué he sido espiada, no sé por quién, pero quiero una explicación”, le espeta a Aguirre, que interrumpe su alocución: “Carmen, ¿dónde quieres llegar?” Carmen duda un segundo, pero continúa: “Presidenta, pido simplemente que me ayudes a descubrir al culpable”.

Su posición es firme: si Aguirre cree que El País mintió con la publicación de los partes de espionaje o con el peritaje caligráfico, debería haber

puesto una demanda y también encargar un informe caligráfico propio. “No sé quiénes son los señores Gamón o Pinto”, prosigue Rodríguez Flores. “No sé tampoco a qué departamento pertenecen. Lo único que sé es que he sido espiada y por eso pido el amparo de mi presidenta, ya que hasta el día de hoy no he recibido ni una llamada de apoyo. Algunos compañeros no quieren ni hablar conmigo por si se les espía”. El resto de los diputados guardan silencio; es un mano a mano entre Esperanza Aguirre y Carmen Rodríguez Flores, que no se calla: “Yo siempre hablo claro, nunca he hecho daño a nadie, pero he sido espiada y quiero saber por qué”. Aguirre intenta responder, pero Carmen mantiene la palabra: “Te recuerdo, presidenta, que siempre has hecho gala de defender los derechos de las personas, de defender la libertad y la transparencia, y sólo es eso lo que pido para mí”. Tras varios minutos de discusión, Esperanza Aguirre cede: “Carmen, te aseguro que cuentas con mi ayuda, que aparecerá la persona que te siguió, confía en mí”. El secretario que transcribe la reunión propone, “para agilizar el papeleo”, resumir la discusión entre ambas. Carmen Rodríguez Flores se niega: “Quiero que conste en acta”.

Consta en acta. Carmen Rodríguez Flores, a llamadas de este periodista, no ha querido comentar esta tensa reunión, que sí confirman punto por punto varios diputados del PP de Madrid, un grupo de 67 personas con la espada de Garzón sobre su cabeza. La intervención de la diputada Rodríguez Flores es sólo un ejemplo más del estado de descomposición que sufren todos los liderazgos en el PP, un partido que hoy sólo se puede mirar en el espejo histórico del PSOE post-felipista de Borrell y Almunia. Sí, existe una persecución contra el PP. Pero no la lidera el PSOE ni Garzón, sino las propias facciones internas del propio PP, a las que no les importa bombardear el edificio de Génova con tal de heredar el solar.

El caso de los espías, las sospechosas adjudicaciones del Gobierno de Madrid, la corrupción destapada por Garzón o los dossiers cruzados tienen un denominador común: todos ellos han llegado a los juzgados o a la prensa gracias a políticos del PP, por la propia guerra interna, un conflicto nuclear.

Si el escándalo de los espías ya era lo bastante terrible como para que el PP temblase, el terremoto posterior ha resquebrajado todas las torres. “Nadie se atreve a usar su propio teléfono móvil”, asegura una persona del Comité Ejecutivo Nacional: “No hay nadie inmaculado en el PP, a casi todos los que llevamos en esto unos cuantos años nos pueden relacionar con Correa y su gente”. Garzón ha mordido en parte blanda y es difícil que suelte su presa. El jueves pidió un informe a la Fiscalía para ver si puede seguir con parte del caso pese a los aforados.

El juez cazador ha conseguido varios imposibles. El primero: que Pedro J. Ramírez y Mariano Rajoy hagan las paces. El lunes ambos líderes de la derecha comieron juntos en Madrid. El segundo: demostrar una vez más la torpeza política de Mariano Bermejo, al que le falta estética y le sobran monterías. Varios miembros del Gobierno están muy descontentos con la falta de prudencia del ministro de Justicia, que ha entregado en la cacería de Sierra Morena una perfecta metáfora (uno señala, otro dispara) a la que el PP, sin razón, se agarra como un clavo ardiendo. El tercero: unir a la derecha, aunque sea sólo por un rato. Nada como un enemigo exterior para apretar las filas en una foto histórica: por primera vez todos los que son alguien en el PP posaron juntos tras su supuesto líder, de cuerpo presente en el funeral. Por primera vez Esperanza Aguirre no se puso en primera línea. Por primera vez Esteban González Pons, prudente, se colocó en un extremo de la esquila; en ese sitio que

no salió en la edición final de la foto que publicaron en portada casi todos los diarios.

Dentro del Congreso de los Diputados, hace semanas que un grupo de parlamentarios del PP trabajan para los idus de marzo, para forzar la dimisión de Mariano Rajoy tras la probable derrota en Galicia y País Vasco. Pero la investigación de Garzón ha cambiado el paso de la revuelta permanente contra Rajoy. Aunque el líder del PP está “escandalizado” por el nivel de golferío que asoma, la corrupción en Madrid y Valencia le ha obligado a posponer el ajuste de cuentas interno hasta después de las urnas. En Génova, a pesar de los escándalos de los cabezas de lista de Ourense y A Coruña, aún creen que con Feijoo es posible. En el PSOE, que está elaborando una encuesta diaria con 800 llamadas telefónicas, no las tienen todas consigo. “La corrupción nos perjudica siempre, aunque no seamos nosotros los corruptos”, dicen desde la dirección del PSOE: “Nuestro votante es mucho más sensible que el del PP a este tipo de casos y corremos el riesgo de que se quede en casa con el argumento de que son todos iguales”. Según sus encuestas, la victoria de la izquierda en Galicia está en apenas dos escaños, un margen muy escaso como para vender ya la piel del oso. Y si el PP recupera Galicia, a Rajoy no le caza ni Garzón.

Pero si cae Rajoy, ¿después qué? La guerra está siendo tan cruenta que todos están heridos. Esperanza Aguirre tiene hoy más posibilidades de acabar jurando en un juzgado que en La Moncloa. Lo mismo le pasa a Camps. Gallardón está saliendo tan limpio del barro que es como para sospechar y Rato está demasiado preocupado por sus negocios. ¿Y Aznar? También preocupado por sus negocios, y por su yerno. Las fotos de la boda de su hija son las únicas de la historia de El Escorial que han

pasado, en apenas siete años, del papel cuché del Hola a las hojas amarillentas de un sumario de la Fiscalía Anticorrupción.